



DON JACINTO

Ta~~nto~~ semanal batallador
que no admite billetes de favor.

SE PUBLICA LOS LUNES

Administración: D. Nicolás María Rivero (antes Cedaceros), núm. 10.

Número suelto 10 céntimos.

Director: «MATÍAS ESCORPIÓN»

Número atreado 25 céntimos.

LAS GRANDES FIGURAS DEL TOREO

ALCABEÑO



Cuando me tiro á matar,
me acuerdo de aquel pintor
sin poderlo remediar:
Si sale con barbas..... bien,
y si no, otra vez será.



¿Toritos á mí?

—¿Usted de toros?
—De toros, si señor. En algo se ha de invertir el tiempo. Tanta letra de molde, á la postre aburre. Hoy es un día en que me siento como sumergido en un lodazal de fastidio.
—¿Y presume usted que en los toros se ha de divertir?
—Al contrario. Si yo le dijese á usted que jamás he podido aguantar el tercer toro... Una corrida hoy es monótona: viendo un toro, ya están vistos los demás; pero yo no voy á la Plaza por los toros ni por los toreros, que me tienen sin cuidado, por lo mucho que algunas veces he pensado dejarme la coleta y echarme á lidiador de reses bravas, por aquello de que en España no hay más que dos caminos, amén del de la política, *para hacer carrera*, como se dice: ó la *coleta* ó el *ruido*, cura ó torero, y no le *dé usted* ¡vuitas! Voy por las mujeres, mi eterna preocupación; por el ruido y... por los *mo-os sabios*, aunque usted no lo crea. Cada *mono sabio* es un documento para el estudio de la antropología criminal. ¿No se ha fijado usted en el regocijo con que rematan á un caballo, ó le derrengan á palos, ó le tiran de las tripas á fin de que no se las pise y pueda continuar la lidia?
—Precisamente yo no voy á los toros por no ver esas atrocidades. ¡Un caballo despazzurrado! ¡U!, qué horror!
—El hombre debe verlo todo y estar en todo: hoy, en la Plaza; mañana, en el juicio oral... ¡Oh! ¡Cómo se fortifica el espíritu ante una buena estocada, ó la declaración de un testigo falso! El artista (y no se asombre usted y no se extrañe usted de que me llame artista, puesto que hoy son artistas hasta los limpiabotas), más que en los libros debe buscar las impresiones en la calle, como si dijéramos.
¡Qué reflexiones filosóficas—amargas si usted quiere—no sugiere una mujer hermosa que se deleita en las acometidas de una fiera y aplaude la gentileza y bizarria de un diestrol! Con franqueza, D. Torcuato: ¿usted se casaría con una mujer de esas que gustan de las corridas de toros?
—¿Yo? ¡Así no hubiera más mujer que esa!
—Pues yo sí, por lo mismo que no la sorprendería que los toros embistan, por mansos que parecían. Quien conoce el peligro, le evita.
—¿Tiene usted unas ideas!..
—¡Carol como que soy humorista. Vámonos, expóngame usted las razones en que se funda para pensar así.
—Mire usted, yo soy viudo...
—Enterado; no hablemos más.
—Mi mujer—que en los infiernos se abra—era harto aficionada, y ¡claro! á lo mejor se figuraba que yo era...
—Suprima usted, D. Torcuato. ¡Ahora lo comprendo todo!, como dicen algunos personajes de comedias de enredo. Pero no atribuya usted semejante conducta á las corridas de toros, sino á que su mujer, tenía *sangre torera*. Y, aquí para *inter nos*, ¿qué tal ponía las banderillas?
—¡Vaya, que se gasta usted unas bromas!..
—Las corridas de toros no influyen ni en bien ni en mal en las costumbres.
—¡Que no influyen! De fijo que la criminalidad en España no sería tan cuantiosa, si se suprimiera ese espectáculo sangriento y brutal que recuerda las luchas circenses de los romanos.
—Erudito estáis. Esas sí que eran inmorales, atendido el criterio de usted. Mientras los leones y los tigres rugían embrazados en sus jaulas, y la muchedumbre, sedienta de sangre, asordaba el edificio con sus voces y pa moteos, las cortesanas empujadas en sus sillas, se embriagaban con lubricos visajes y enardecedoras señas. La fiesta terminaba entre los alaridos agonizantes de las fieras y las quejas y convulsiones del deleite carnal...
—Las costumbres varían. Eso no se toleraría hoy. Lo que yo declaro es que los toros son un espectáculo poco ó nada edificante, donde se pervierten los buenos sentimientos.
—Moral casera. Noto que me está usted empujando á discutir, cosa que no acostumbro, porque todo tiene su pro y su contra, y á discutir sobre un tema sobadisimo. En un artículo de Valera, titulado *Apología de las corridas de toros*, puede usted hallar razones de peso, que acaso le convencerán. Después de todo, malito el interés que tengo en disuadirle. Las corridas de toros—discurre Valera—son una diversión popular, ni más ni menos contraria á las buenas costumbres que la comedia, el baile, el circo ecuestre, etc. ¿Se figura usted que de la Plaza se sale borracho, sanguinario? Antes creo que se sale aburrido, empolvado, aturdido, soñoliento. Por otra parte, el hombre es sanguinario de suyo, yendo y sin ir á los toros, y jamás entre las fieras se habrán ejecutado actos semejantes á los que Flaubert, por ejemplo, nos describe con pluma de fuego en su *Salambó*, entre bárbaros y cartagineses. No es, pues, de maravillar que el hombre aplaude esos espectáculos, que, después de todo, no son sino el producto de las aficiones de un pueblo y...

de la bravura de los toros. Desengáñese usted: todo se concluiría si los toros tomasen la consigna de no embestir. ¿A que no se li-dian gatos?
—Por lo visto, usted es de los que piensan que ciertos espectáculos no tiran á romper los buenos instintos del pueblo. Pues yo entiendo lo contrario.
—En redondo no niego que discurre usted con juicio. No suponga usted que el pueblo se encanalla en los toros. El pueblo suele estar más corrompido de lo que pensamos.
—No hay sociedad posible si no se asienta sobre la base de la moral.
—No lo dudo, si bien usted no podrá negarme que los pueblos más adelantados son los más inmorales. ¡La moral! Pero doblemos la hoja. Vea usted el aspecto de la Plaza. En los tendidos hormiguea un mar de cabezas que sigue los movimientos de la fiera. El toro ha hundido el asta en el vientre de un caballo, que, sangrando, tambalea y cae. Fijese usted: está muerto. Ese toro no ha querido tomar varas. Ese se prepara á morir á lo San Lorenzo; asado. Corre ciego, mugiendo de dolor; del morrillo le salen dos chorros de fuego que se extinguen en una lluvia de irisadas luces que estallan con aspero estampido...
—¡Diga usted que eso no pone los pelos de punta! ¡Qué horror!
—¡Qué recuerdos tan tristes debe de despertar en su memoria de usted la suerte de banderillas! Hace usted bien en maldecir de los toros.

Bonarillo y Machaquito en Barcelona.

Corrida efectuada el 4 de Octubre.

ÚLTIMA DE LA TEMPORADA

El primitivo cartel era Fuentes y el cordobés con toros de Fabio Romero, combinación que no dejó de despertar interés en los aficionados.
Pero Antonio se puso enfermo, expidió un telegrama á la Empresa, y dispuso la salida de Bonarillo para que viniese á sustituirle.
Con el cambio se creyó en un principio que decaería mucho la animación que reinaba para esta corrida; pero no fué así: el público casi llenó los tendidos de sombra, y hubo una mediana entrada en los de sol.
Y vamos á decir algo, aunque poquito, pues la cosa no mereció la pena, de la última corrida de la temporada en la capital del Principado.
El apauso de la afición barcelonesa se lo merece D. Felipe de Pablo Romero, por haber mandado seis toros, berrendos, magníficamente criados.
Ha sido la corrida mejor presentada de la temporada y... de muchas temporadas. Algunos de los lidiadores que tienen la fortuna de torear setenta corridas, aseguraron ser la de Pablo Romero la más bien criada que este año habían toreado.
En cuanto á bravura, tampoco dejaron mal puesto el pabellón de la casa, cumpliendo bien todos, aunque flojeó algo el lidiado en tercer lugar.
En fin, se podría dar por satisfecho el aficionado más descontentadizo, con que todas las corridas que vinieran de allá abajo resultaran como la de Don Felipe.
Bonarillo dió á su primero algunos pases aceptables; entró tres veces á matar, señalando bien las dos primeras y clavando el acero algo adelantado la última, descabellando á la primera y escuchando palmas.
En su segundo fué breve con la muleta, y, aprovechando, se arrancó para señalar un pinchazo bajo y delantero, quedándose el toro y saliéndose el matador, resultando la suerte un tanto *antiartística*. Otra vez se echó á la cara el acero, y, metiéndose con su *mijita* de cuarteo, colocó media estocada caída y delantera que bastó, oyendo muestras poco halagadoras al retirarse al estribo.
Ya en el quinto fué otra cosa: pasó con relativa confianza y reposo, se despojó de la montera al perfilarse ante su enemigo, y, metiéndose bien, propinó una estocada corta, aunque alta, con ligera tendencia al lado contrario, que fué aplaudida; rematando el trabajo con un descabello no completo.
A Machaquito se le vió al principio bastante retraído; parecía que pensaba más en su viaje á Méjico que en los moritos de D. Felipe.
Nada hizo con la muleta, pudiéndose contar con los dedos de una sola mano los pases que medianamente remató, no explicándose este *fenómeno* en un diestro que no ha cesado de torear y cuando la práctica es el mejor maestro.
En sus tres toros, hasta ignorante estuvo al elegir el terreno para entrarles á matar, haciéndolo casi siempre en el más difícil, saliendo como Dios quiso. Y si digo esto es para ahorrarme detalles y concretarme exclusivamente á decir las veces que metió el brazo, sin hacer mención de la forma: soy enemigo del ensañamiento.
De su primero se vió libre previos dos pinchazos muy medianos y una buena estocada; á su segundo le recetó media estocada, aunque tendida, en las púndolas, intentando el descabello una vez sin resultado, y al último le expidió pasaporte de una estocada.

En algunos arranques de temeridad escuchó palmas, lo mismo que banderilleando al sexto toro, que también estuvo temerario.
Hasta este momento no despertó Machaquito, tal vez *picado* su amor propio con los aplausos que el público tributó á Bonarillo al clavar al cambio un par al mismo toro.
En la brega y quites, poco lucido y apático; en un par de ellos solamente se le vió entrar con verdadera decisión. ¡Dichoso Méjico!..
El peso de la corrida puede decirse que lo llevó Bonarillo, que para no estar lo *movido* y puesto que el cordobés estuvo toda la tarde bien colocado, bregó y quitó con actividad, y en varias ocasiones se hizo aplaudir por su oportuna intervención en los sitios de peligro.
Ahora, en conjunto, la corrida resultó sosa y aburrida en extremo.
Tal vez si Machaquito no hubiera pensado tanto en su marcha á Méjico...
Lo cierto es que el público salió de la Plaza poco menos que bostezando.
Y creo que ya cumplida dejo mi humilde misión de reseñar la corrida. ¡Con muchas tan divertidas... se fomenta la afición!

Franqueza.

Jugando al toro.

Un día estuve en casa de Don Teodoro, y ví á sus cuatro chicos jugar al toro. El tal juego les gusta más que el teatro, ¡y hay que verlo que gozan así los cuatrol! Tienen de chucherías una cetera; pero han pasado todas á la reserva, y haciendo de toreros, reses y potros, sin descanso se lidian unos á otros. ¡Y cómo los indinos ponen las piezas que sirven de teatro de sus proezas! Los sillones son vallas y burladeros, y son gradas las mesas y los trincheros, y hasta prestan servicios, en ocasiones, los pumeros, los zorros y los bastones. Sobre el cuarto del padre (que es muy modesto), con ocre y sin malicia «Toril» han puesto, y sobre el dormitorio de la nodriza un letrero que dice: «Caballeriza».
Suele Andrés ser el toro, Luis el caballo, Juan es el *Algabeño*, Fuentes ó el Gallo. Paz suele ser la reina que, muy florida, desde su regio palco ve la corrida; y como son muy pocos para la fiesta, el vecino de al lado sus chicos presta; de los cuales Alberto, por darse tono, hace de presidente, Julián de mono, de picador Camilo, de guardia Tula, Roque de timbalero y Angel de mula; y hasta en la lidia emplean á la sirviente (que es desecho de tiente seguramente), y hay veces que un amigo va de visita y que sufra un puntazo nadie le quita. Es inútil, lectores, decir á ustedes lo que pasa entre aquellos cuatro paredes, y lo que hacen los chicos del mobiliario y lo que mortifican al vecindario. Pero no hay una cosa más divertida que el reparto de cargos de la corrida, pues aunque para toros todos alternan, yo no sé cómo diablos se las gobiernan, que el que puede zafarse de ser lidiado, se zafa siendo listo, por de contado. Cuando los ví el domingo, tal bronca había porque alguno á ser toro se resistía, que Paz, que tiene rasgos conciliadores, ante el conflicto dijo: «Vaya, señores;

que por mí no se altere vuestro sosiego, y aunque sé demasiado que en este juego una se hace jirones y se despina, un rato seré el toro y otro la reina». Y esta frase, que dijo cándidamente, en mí de tal manera quedó presente, que siempre que yo veo jugar al toro, me acuerdo de los chicos de Don Teodoro.

Juan Pérez Zúñiga.

NOTAS CACEREÑAS

La afición cacereña está mejor que quiere, pues ha padecido una Empresa que le ha dado quince y raya á la ya famosa de Pedro Niembro.
Tomó en arriendo esta Plaza por un año; consiguió, no sé por arte de quién, una subvención crecida, presentando las indecentes novilladas; se guardó en ellas, libres de polvo y paja, sus doce mil y pico de pesetas, y aquí tienen ustedes á la sociedad Federico Cortés y Compañía, de Badajoz, que era la Empresa, que de pués de dejar entrever que nos daría dos corridas formales por Agosto, desaparece por el foro con los miles en el bolsillo, y deja transcurrir el año sin celebrar ni una mala becerrada.
Y aún había cándidos revisteros que pedían benevolencia en los juicios críticos, dejándose engañar por las promesas de las futuras corridas que ofrecían dar en Agosto. ¡Ahora habrán comprendido lo falso de aquellos cantos de sirena!
Lo más célebre es que ni daban corridas ni las dejaban dar: vamos, como el perro del hortelano; y digo esto porque algunos que han pedido la Plaza para dar funciones de más ó menos importancia, han tenido que desistir en vista del fabuloso precio que por ella pedían.
¡Vaya con Dios la sociedad Federico Cortés y Compañía, que aquí ya los han conocido, y á cualquier hora largan otro pego como el del año actual!

Extremadura cuenta con una nueva ganadería brava.
El inteligente aficionado y rico propietario de esta capital D. José Becerra, compró la mitad de la vacada que fué de D. José Clemente, de Sevilla; ya tiene el ganado en su dehesa *Canillana*; días pasados estuvo en ésta Emilio Torres, *Bombita*, y en compañía del citado ganadero salió para la referida dehesa, sin duda á dirigir la instalación del ganado.
Como se anuncia para muy pronto la tiente de becerros y retienta de vacas, entonces daré detalles completos de la vacada, por carecer hoy de ellos.

Para el próximo año estamos de enhorabuena: el buen aficionado y alcalde de este Ayuntamiento, D. Juan de la Riva, ha conseguido la cooperación del comercio y la industria cacereña para dar á la feria de esta ciudad el esplendor á que es acreedora, proyectando unas corridas que no tengan nada que envidiar á ninguna capital de provincia; éste es el proyecto; ahora sólo falta que no se duerman en las pajas y procuren formalizar los contratos antes de que los diestros de valía se comprometan en otras plazas.

El novillero Pedro Tapia se encuentra por completo retablecido de la gravísima cornada sufrida en una ingle al matar un toro en Guadalupe, pueblo de esta provincia, el 29 de Julio pasado; esta noticia sólo tiene por objeto desvanecer los rumores que suponían que el referido diestro había fallecido de la terrible cogida.
Y no va más.

E. Rodríguez Bañales.
Cáceres y Octubre de 1903.

SEMEJANZAS

Los toreros y los ministros, según la opinión de ciertos fisonomistas, pertenecen á un mismo género, con pequeñas divergencias.
Unos y otros son de la misma categoría con respecto al cargo que cada uno representa.
Los toreros representan el arte: los ministros, el pueblo.
Los toreros arruinan ó enriquecen á las Empresas. Los ministros arruinan casi siempre al país, porque éste es el empresario de ellos y porque les presta toda su influencia para que no decaigan en las *suertes* que ejercitan cuando el país está en ascuas.
Los toreros hacen alarde de su valor frente al festuz de la fiera; los ministros sólo lo hacen desde los bancos del Congreso y recostados sobre blandos asientos. Los primeros se arrojan con arte: los segundos, con ambición.
El torero expone su vida: el Ministro la del país.

El público de los toros presencia el espectáculo desde el asiento que compra: el pueblo paga y nada presencia, porque con él se juega al escondite. Al primero suelen darle *camamas*; al segundo se las dan continuas.

Las cuadrillas de toreros tienen su maestro, como los ministros su presidente; el maestro distribuye el *parne* entre sus discípulos: el presidente, las credenciales entre sus amigos.

Los toros que se corren en las plazas proceden de varias ganaderías: los que se sueltan al pueblo son todos de la Hacienda. Aquellos presentan distintas condiciones de lidia, como variado es su pelo: éstos son siempre de buena estampa, de libras, bien armados, codiciosos y boyantes, arremeten con voluntad y despachan muchos contribuyentes.

Cuando un torero no sabe ó no quiere cumplir con su deber, el público le manifiesta su desagrado por medio de voces, pitos, denuestos y hasta por medio de carteles, en los que se lee: *¡Que se vaya! ¡que se vaya!* El país, más humilde, cuando le dan *gato por li bre*, aunque se impacienta y los comprenda, suele decir todavía: *¡Que se quedel ¡que se quedel!*

La revista de toros en los periódicos puede tener ciertos puntos de contacto con las reseñas de las sesiones de Cortes. La apreciación de las primeras contiene estos términos:

La entrada, un lleno.
La corrida, buena.
De los espadas, Fulano.
El servicio, aceptable.
La Presidencia, acertada.
Caballos muertos, 8.

La de las segundas puede hacerse en esta forma:

Asistencia de diputados, 20.
Discusión, de escaso interés.
De los diputados, ninguno.
La Presidencia, durmiendo.
Asuntos pendientes, muchos.
Y así sucesivamente.

Los toros se encierran en los chiqueros, los ministros se enchiqueran en sus butefes.

Y así como los carteles de principio de temporada ensalzan los méritos de los diestros y la bondad de las ganaderías, de igual manera la prensa, cuando aparece un nuevo Ministerio, da á los vientos de la fama la historia y relevantes servicios de cada ministro.

V. Blasco.

Valencia.



El último lío.

—Como era de esperar, mediando quien media en este desdichado negocio taurino, la última corrida de abono de la segunda temporada ha *carecido*, como si se tratase de un vocativo, en lenguaje vulgar, para que lo entienda D. Taurero, no ha sido posible organizarla.

—¡Quite usted, por Dios! ¡No parece sino que á Niembro le han hecho mal de ojo! donde pone la mano, ¡pum!, el destronamiento propiamente dicho.

—¿Y cuál ha sido la causa?

—¡Vaya usted á averiguar! ¡Se dicen tantas cosas! Que si Fuentes estaba indispuerto; que si *Machaguito* ponía mala cara á los Palhas; que si *Bombita chico* eran muchas perdices para comerlas á diario; ¡qué sé yo!...

—¿Pero no estaban ahí Mazzantini y Quinito...?

—¡Hombre! ¡Después de un cólico fuerte de escabeche se atrevería usted á insistir?

—¡Tiene usted razón: ovidaba lo del escabeche! Pero cerquita estaban los *Lagartijillos*, lo y sobrino.

—No tan cerca como usted cree, porque con Palhas no quería desquitarse el pequeño, que ya sabe usted salió poco menos que á gatas de la alternativa.

—¿Y el *Algabeño*? Ese, según dicen, estaba dispuesto á torear una corrida grande; pero parece ser que no ha encontrado compañero para el *mus*, y de ahí la novillada que ha surgido ayer.

—Pues, hombre, es extraño que *Machaguito* no haya entrado por uvas.

—¿No ve usted que con lo de Méjico no tiene tiempo para nada, y mucho menos para torear en Madrid, á quien se lo debe todo?

—¡Qué niños! En cuanto dan cuatro estocadas con fortuna, no encuentran escupidera á mano que considere digna para escupir, y todos los espejos les vienen chicos.

—¡Toma, y hasta se sonríen de Frascuelo y Lagartijo, confundidos con dos peles de la historia!

—Y volviendo á la Empresa. ¡Ya ve usted como yo tenía razón al decirle que los Villamartas anunciados en el cartel no tendríamos el gusto de verlos!

—¡Qué tres corriditas las presenciadas! ¡Qué final de año taurino y qué final de Empresa! ¡Dios sea loado!

Un mono sabio.

UN CHICO NOVILLERO

Que no puede serlo cualquiera, ni mucho menos.

Necesita ciertas condiciones facultativas para ello, aparte del físico, que no sea desagradable.

Puede ser pequeño, patizambo, y algo echao palante, pero nada más.

¿Que dónde ha nacido?

Su propia madre, la señá Colasa, no lo dice con seguridad.

¿Padre? Murió cuando el chico aún no era huérfano como él dice.

Desde la niñez le dedicó su madre á las letras ó á la industria; vendió el chico papeles públicos, y vendió cerillas españolas y cerillas italianas.

Pero cuando á un muchacho le tira el toreo, es una víctima que no puede romper el encanto de los cuernos, y abandonaría cualquier posición por banderillear, ó picar, ó mechar un novillo.

El aprendizaje es terrible; como que están encargados de la enseñanza los mismos interesados; esto es, los novillos.

Un joven que siente vocación taurina inquiera dónde hay novillada; y sin más ropa que la puesta y con un capotillo de percalina envuelto en un pañuelo y con unas zapatillas, emprende el viaje, sin temor al sol ni al agua.

Eso sí, lo que es como guapo y jecarandoso, lo es; no hay más que verle en la Puerta del Sol.

¿Aqueña cicatriz que se le ve en un pernil de la taleguilla?

Pues una cornada de un toro de siete años que le soitaron en un pueblo, y que él despachó recibiendo...

Pues recibiendo un pitonazo que en poco más le perfora completamente.

¡Valiente fieral!

Vive como puede, y come y viste, aunque no con lujo.

Agueya le proporciona tabaco por segunda mano, y le mantiene, salvo en los casos en que él puede salir.

El busca las cuadrillas, y él propone en terna los matadores relativos cuando han de matar algún becerro.

Cuando el chico se gana un par de pesetas por parear hipotéticamente al novillo, convida á su hembra y la lleva á un café, y hasta la arrima dos *manguzas* como aña-didura.

Por lo demás, él no asiste sino á los espectáculos gratuitos, para ir ahorrando.

Por una enfermedad, por una cogida, por cualquier caso, puede verse sin dinero, y quien guarda halla.

Lo que tiene es... que no tiene que guardar, que si no...

Suele acudir á la parada, en la plaza de Palacio, con otros condiscipulos...

Y después...

Después á tomar el sol, ó la sombra, según las estaciones, en la Puerta del Sol, en el casino al raso.

Si él tuviera padrino ya hubiera entrado á formar parte de una cuadrilla formal; pero hay muchas *entrigas*.

El novillero que consigue vestirse como las personas, deja la gorrita de seda en manteca negra y la cambia por el hongo taurino.

Y la chaquetilla ó cazadora berrenda en colorao y los calzones meanos encuentran reemplazo digno de la persona que ha de lucirse en el mundo.

En cuanto que el chico se viste y come, siquiera sea á turno par, y se deja el pelo, ya pueden entrarle moscas.

Y no digamos, si por un fenómeno de la suerte llega á matar un novillo y dos, y no le matan á él los aficionados.

¿Quién le saluda? sin preguntar antes á su señora:

—¿Puede hablarse con el matador?

Que es como quien dice.

—¿No muelde?

La carrera es espínosa, no puede negarse.

Pues si todos los hombres pudiéramos ser novilleros, ¿dónde iríamos á parar?

Ni habría diputados ni directores generales, ni cónsules, ni serenos, ni nada más que novilleros.

Pero afortunadamente, hay diversidad de aficiones, y las dificultades de la lidia nos impiden aproximarnos á los novillos y á los novilleros.

Por lo demás, es la afición más generalizada en España.

Desde chicos sentimos tendencias á novilleros.

Gracias á que no nos lo permiten nuestros padres ni nuestros profesores de primeras materias.

Y cuando llegamos á la edad *baril* sentimos las mismas tendencias.

Pero tampoco nos lo permite la sociedad. De lo contrario, seríamos todos novilleros.

Exceptuando á los que nacen para novillos.

GOPLAS DE DON JACINTO

La Virgen del Pilar dice que se halla tan descontenta, que antes de ver á *Quinito* prefiere hacerse francesa.

¡Señores, cosa más rara: á pesar de no haber ido,

la comida de *Machaco* le hizo daño á *Lagartijol*

— Dicen que ya se retira Don Luis, porque lo ha pensado; dicen que ya se retira... todas las noches temprano.

— ¿Por quién viste usted de luto y por qué ese desconsuelo? — Por Mazzantini y Quinito. ¡Ay! ¡Qué tarde de Bañuelos!

— *Despacho de carnes*, Niembro pone en la Puerta del Sol. ¡Ya tenemos á los cerdos enfrente á Gobernación!

— ¡Conque *Bebé chico* á Méjico? — ¿Y por qué razón, hermano? — Porque quiere conocer los pitos americanos.

Ocho matadores, ocho, Perico Niembro anunció; de los ocho vimos cinco, y de cinco ¡vimos dos..!

Del cartel de Zaragoza dicen los mismos *matracos* que ya no les cabe duda, y prefieren irse al *charco*.



Los del pánico.

Novillada celebrada el día 11 del corriente, con seis reses de Miura y los jóvenes Regaterin y Mazzantinito.

Pues sucedió como ya es de dominio público—y al escribir lo de dominio público, bien sabe Dios que se me pone la carne de gallina ante la Sociedad de Autores—que no pudiendo la Empresa organizar la última corrida de abono por falta de menestra, como por escotillón aparecieron seis Miuras de los que por cierto no tuvimos el gusto de ver en el abono, para que los lidiaran Regaterin y Mazzantinito, ambos de acá, nacidos en el casco de la población, aunque este casco no tenga vuelta.

De los seis Miuras, no todos fueron precisamente de deshecho. Antes al contrario, los hubo, como el segundo especialmente, de deshecho... de toreros. ¡Camará, que en cuanto salió *toa* la gente de la treza al desgairé advirtió que tenía tratamiento de Ilustrísima grande, bien criado y con las del Cónclave á última hora. ¡Náa, un torito así como para unos ejercicios de Registrador de la propiedad!

El cuarto tuvo poder y también fué grande, pero ¡ay! mansurrón como un esposo consentido.

El quinto y sexto merecieron los honores de la pirotecnia, es decir, el primero sí, justamente, pues á la vista del castigo mostró así como *repunancia*; pero el último se lo debe á una ligereza del presidente, pues hizo con coraje la pelea en las primeras varas, pero ora que la noche se nos venía encima, ora que el presidente era miope, lo cierto fué que el cornúpeto se vió injustamente afrentado.

El primer Miura, que también se trajo lo suyo al final, resultó bueno y voluntario; no así el tercero, enteco, ruin y feo de reproducción, derregado por añadidura de los cuartos... exteriores.

En general, la corrida grande, de trabajo, sudorífica y muy reconstitutiva.

Regaterin con su mija de precauciones y desde largo toreó á su primer bicho, que en cada pase le devolvía el obsequio, dándole el espada la derecha generalmente sin duda por galantería. Así que cuadró el Miura, entró Regaterin con decisión para dejar una hasta la mano contraria. (Palmas al hombre).

Con el tercero, que ya hemos dicho sufría un fuerte ataque de gota y no tenía facultades, Regaterin no hizo nada de lucimiento, resultando la faena de un gris desesparante. Entró á matar y ¡vive Dios! arreó un formidable bajonazo. (Y hubo la consiguiente serenata).

En cambio en el quinto de los Miuras que á la hora de la muerte sabía lenguas, Regaterin con la muleta desde cerca y valiente, sujetó bien al toro y entrando bien en cuanto tuvo ocasión, administróle una estocada perpendicular.

Nuevos pases y volviendo á la suerte con coraje, se deshizo del catedrático con mucha guapeza de una buena estocada, saciando el hombre rebotado. (Y aquí le tocaron de óle las palmas.)

Mazzantinito.—De primeras le tocó al del barrio de Pozos—según el evangelio de *El Barquero*—el gordo con aproximación y reintegro, y con p rrida de los papeles, y sufriendo achuchones serenos, lo toreó de muleta *Mazzantinito*, precisamente por el lado contrario.

Con esto, se afiligió el hombre, y la faena resultó adacabrante, que diría un moderamista; después, á paso de banderillas, arreó un pinchazo caído.

Repite con una estocada trasera y *aínda mais* contraria, y después una ladeada entrando mejor que las otras veces el diestro. (Hubo los consiguientes pitos.)

Segundo acto.—Nuevamente consiente *Mazzantinito* una excesiva intervención del peonaje, y entre las ayudas torea de mule-

ta con la derecha, siguiendo varios naturales de la categoría vulgar.

Se encastina el toro en tablas del 2 y allí entra *Mazzantinito* con un pinchazo bueno, al que siguió una estocada trasera, otro pinchazo y media estocada caída. (Y vuelta á los pitos.)

En el tercero, lidiado entre sombras, hubo de todo: coladas, tomaduras de olivo, inferiores siempre á las de pelo, un pinchazo, otro viaje y otro que ya no pude ver cómo era; en fin, una *esaborición!*

En el cuarto puso un buen par consintiendo mucho, aunque los palitos resultaron caídos.

Bregando como *Regaterin*, aunque en ocasiones los dos espadas invadieron el terreno acotado para los suicidios.

Banderilleando *Zurini* y *Rubito*.

El cuarto toro, á sea el del experimento, poco conforme en que *Don Taurero* fuera una estatua le enganchó con el pitón izquierdo, derribándole al suelo, enganchándole por la pierna derecha y librándose de una escrupulosa requisa, gracias á que los capotes intervinieron oportunamente.

Y pare usted de contar.

Andana.



(INFORMACIÓN TELEGRÁFICA DE NUESTROS VERDADEROS CORRESPONSALES)

Desde Barcelona.

11-20-12

La novillada celebrada hoy puede calificarse de mala.

El quinto fué retirado al corral hecho una albondiguilla, gracias á *Segurita* que estuvo muy mal toda la tarde.

Cantaritos muy deficiente.

Dauver regular.

El público salió indignado de la corrida, que es de las que hacen época, por lo desastrosas. — *El Corresponsal*.

HERRADERO

En la Plaza de toretes de la Puerta de Hierro, se verificó días pasados la becerra organizada por la simpática y expresiva Sociedad *El Frasco*, compuesta de barbianes industriales del barrio de Cuatro Caminos, dirigida por el popular Rogelio García.

Se lidiaron cuatro bravos becerros, que dieron juego, muriendo pronto y bien á manos de los espadas encargados de ejecutarlo, entre los que se distinguió el señor Torres Pardo, que remató de un excelente volapié al segundo becerro, recibiendo una ovación por lo bien que despachó la receta al novillo (bueno será advertir que es boticario).

Banderilleando, Luis Pernas y Olmos, que son dos buenos aficionados á banderillear; ¡como que tienen establecimiento de vinos!

La entrada un lleno, y la tarde una espléndida juerga.

Según nuestras noticias, el espada *Quinito* piensa sacar á concurso la plaza de banderillero vacante, por la salida de *Maera chico*.

Entre otras condiciones, parece que *Quinito* piensa exigir fianza á los banderilleros que soliciten entrar en su cuadrilla.

En Jaén lidiarán ganado de Cámara y Guerra, los días 18 y 19 del corriente, los espadas *Algabeño* y *Machaguito*.

¡Se encuentra restablecido de su dolencia nuestro simpático y querido compañero del *Heraldo*, Angel Caamaño (El Barquero.)

Según dice un periódico, toreará próximamente en Avila, Luis Mazzantini; entre otras razones, por ser esta la primera vez que pisa la plaza.

Entre otras razones: ¡Vamos hombre seamos francos, la torea porque siempre es una corridilla más!

Nuestro celoso corresponsal en Córdoba; nos manifiesta que el día 15 del corriente, el espada *Machaguito* obsequiará con un gran banquete de despedida á sus numerosos amigos, pagando de su bolsillo particular la *juerga*.

Hasta ahora la lista de invitados asciende á más de cien personas.

¡Ya lo creo que pasarán de ciento los comensales!

¡Sobre todo pagando todos los gastos *Machaguito!*

¡Por fin se ha resuelto lo de Guadalajara!

Para la corrida que se celebrará el día 15 del corriente, se habían ofrecido más toreros que para un rigodón; pero la Empresa ha dado la preferencia á los diestros *Litri* y *Lagartijillo chico*, que son los que la torearán.

EL VIAJE A MÉJICO



MACHAQUITO.—Pero, señores, no apurarse; zi venimos de zeguita.... ¡Un zoplot!
FRICIONADOS.—¡No; pero si no nos atijimos por eso! ¡si lo que nos atija es el ver el triste porvenir que
les espera á los de Méjico, sobre todo con Faico y Hebe chico! ¡Ay!